Fray Mamerto Esquiú y los sacerdotes

La vida de los sacerdotes siempre ha sido un tema que ha merecido diversas apreciaciones y comentarios a lo largo de la historia. Su vida encierra algo que lo hace distinto, porque no siempre es conocido o valorado en lo que es propio de su vocación.

El sacerdote ocupa un lugar propio y necesario en el proyecto y misión de Jesucristo. Este sería el primer punto a tener en cuenta, no estamos ante una creación cultural de la sociedad en un tiempo determinado de la historia, sino ante una realdad que tiene su razón deser y actualidad en el mismo Jesucristo.

Él ha querido permanecer en la historia y ejercer su ministerio a través de una realidad sacramental, para ello ha instituido el sacramento del Orden Sagrado. Esquiú dice que la "misión del sacerdote no es otra que la misión de Jesucristo". Esta conciencia le hacía decir al apóstol s. Pablo: "llevamos un tesoro en vasijas de barro" (2Cor. 4,7).

Este marco bíblico y teológico es el que nos permite comprender el significado de la vida del sacerdote. Fuera de este ámbito nos quedamos como meros espectadores de alguien a quien tal vez podemos valorar en algunos casos, pero que no llegamos a conocerlo en su identidad.

Estamos ante una realidad que encierra una misión que es humana y espiritual, a la cual no la podemos reducir a un solo aspecto, sino que la debemos comprender en la riqueza y fragilidad de su totalidad.

Recuperar el sentido del ministerio sacerdotal es una urgencia pastoral de la Iglesia. Creo que esta intuición es lo que le da actualidad al Encuentro Nacional de Sacerdotes 2021.

La vida de fray Mamerto Esquiú, si bien es única y personal, al ser una respuesta en la Iglesia al llamado de Jesucristo, y tener en el Él su raíz y modelo, se nos presenta como una realización concreta y válida para todo sacerdote. Cuánto bien nos hace detenernos a contemplar una vida tan gozosa y fecunda.

¿Entonces, cuál es la misión del Sacerdote?

Al referirnos al sacerdocio ministerial, debemos recordar que la misión del sacerdote no es otra que la misión de Cristo mismo. El sacerdote está llamado a participar en la obra salvadora de Cristo, maestro, sacerdote y rey.

Por ello, las funciones del sacerdote son predicar la Palabra de Dios, hacer presente en la Eucaristía el sacrificio de Cristo, administrar los sacramentos de la Penitencia y Unción de los enfermos y rezar por los fieles; congregar la familia de Dios como comunidad fraternal y conducirla por Cristo en el Espíritu al Padre (cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, nn.1562-1568).

A lo largo de la vida de la Iglesia, y aún hoy, existieron cristianos que se consagraron al Señor en forma especial: varones y mujeres semejantes a todos los demás, pero en la vivencia delas virtudes, en la generosidad y hasta en la inmolación de sus vidas, mostraron una total entrega y compromiso con Dios.

Estos son los santos, así llamados en las Sagradas Escrituras, a quienes los fieles cristianos dedicaron su afecto y devoción. La Iglesia a través del tiempo, elevó a algunos de ellos a la dignidad de los altares. De ahí nuestro interés por la vida de Esquiú, a quien ya en vida el sentir popular lo tuvo por varón piadoso y santo.

En Piedra Blanca, Catamarca, un 11 de mayo de 1826, nace Mamerto de la Ascensión Esquiú. Sus padres Santiago y María de las Nieves y sus hermanos Rosa, Odorico, Marcelina, Justay Josefa configuraban una familia cristiana de vida sencilla y trabajadora. Fray Mamerto los recuerda en su "diario": ...seis éramos los hijos venturosos de estos padres tiernos que, sin bienes de fortuna y en humilde estado de labradores, eran felicísimos en la tranquilidad de su virtud... y en las dulzuras de una vida contraída a su familia y a Dios...".

A la edad de cinco años su madre lo vistió con el hábito de san Francisco en cumplimiento de una promesa que le hiciera al nacer el niño gravemente enfermo. Desde entonces lo llevó toda su vida, aun siendo obispo.

Mamerto en calidad de aspirante a la Orden franciscana, contando con apenas 10 años, entró en el convento franciscano de Catamarca. En 1841 ingresó al noviciado y al año siguiente realizó su profesión solemne de los votos. En 1848 es ordenado sacerdote en s. Juan y recién al año siguiente puede celebrar su primera Misa en sufragio por sus padres.

En 1853, al pronunciar el sermón: "Laetamur de gloria vestra" (nos congratulamos con vuestra gloria), en ocasión de la jura de la Constitución Nacional, pidiendo por la paz y la unión de los argentinos, se hace conocido en todos los ámbitos de la nación.

Le propusieron ser obispo en s. Juan y luego de Paraná, pero no aceptó y, huyendo de toda distinción, en el propósito de llevar una vida más austera y oculta, obtuvo el traslado en 1862 a un convento de misiones en Tarija, Bolivia. Buscaba una vida religiosa más observante y retirada. Aquí comienza escribir su "Diario de recuerdos y memorias".

En 1864 se traslada a Sucre a pedido del arzobispo del lugar, a fin de enseñar teología en el seminario. Allí, en 1868 funda un periódico: "El Cruzado".

En 1872 el presidente de Argentina le comunica que ha sido propuesto para arzobispo de Buenos Aires. Renuncia por escrito en forma indeclinable y obtiene la licencia para ir a misionar a Perú y Ecuador, ocultándose donde no era conocido y evitando los requerimientos del gobierno.

Regresa a Tarija y luego a Catamarca, preparándose para ir a peregrinar en Tierra Santa. Llega a Jerusalén en 1876 con el deseo de: "... permanecer allí hasta el fin de sus días... son los mejores momentos de mi vida".

Al año siguiente el padre General de la Orden lo convoca en Roma y le comunica que debe volver a América y que eligiera el destino que deseara. Vuelve a Argentina en 1878 y se le encomienda trabajar por el restablecimiento de "la vida común en los conventos".

En 1878 el Senado de la Nación le comunica que será obispo de Córdoba. Nuevamente rechaza la designación, pero en 1879 es convocado por el Delegado Apostólico en Buenos Aires: "El Santo Padre quiere que usted sea obispo de Córdoba", a lo que fray Mamerto responde: "si el Santo Padre lo quiere, Dios lo quiere. Cúmplase su voluntad". Hace su profesión de fe ante el Delegado Apostólico.

El 12 de diciembre de 1880 es consagrado obispo en la Basílica de s. Francisco, en Buenos Aires.

El 1 de enero de 1881 llega a Córdoba y toma posesión del obispado siendo Pastor y padre solícito de la diócesis. En su nueva misión se lo ve caritativo y generoso ante toda necesidad, celoso en su ministerio, manso y humilde en su expresión, pobre al máximo y sacrificado, imponiéndose realmente por la práctica de las virtudes.

De este año son sus famosas cartas pastorales al clero y al Pueblo de Dios. Se dedica por entero a los asuntos de la curia, de las capillas, y parroquias de la ciudad y se da de lleno a la atención delos pobres, siendo el mismo quien los atendía y respondía a sus necesidades.

Visitó la Universidad en Córdoba, donde existían varios problemas pendientes y allí realizó un discurso famoso en ocasión de un homenaje a su fundador, el obispo franciscano, fray Fernando de Trejo y Sanabria.

El 28 de diciembre de 1882 parte para La Rioja, que estaba bajo su jurisdicción, en compañía del padre Anglada, su secretario, para solucionar conflictos originados por desacuerdos con la autoridad civil, que logra resolver satisfactoriamente, y en misión pastoral.

El 8 de enero de 1883 sale de La Rioja en diligencia rumbo a Córdoba pasando por diversas poblaciones y a pesar del calor y lo árido del lugar, descendía para bendecir a la gente y administrar los sacramentos.

Al llegar el mediodía del 10 de enero, a la Posta del Suncho para cambiar caballos, sintiéndose muy mal lo tienen que bajar pues ya non podía hacerlo por sus propios medios y lo recuestan en un camastro, muriendo, a las tres de la tarde, en plena actividad de celoso Pastor. Recibió los sacramentos administrados por su secretario.

Su cuerpo es llevado a Córdoba en diversos medios y su velorio duró un mes, ante tanta afluencia de fieles que querían despedira su santo y querido obispo. Apenas fallecido la noticia corrió por todos lados. Los diarios publicaban: "...un impacto profundo en todo el ámbito geográfico del país, sin distinción de sectores sociales ni políticos. La sensación generalizada es que había muerto un santo..."

El 7 de febrero fue sepultado solemnemente en la cripta de la catedral. Su corazón incorrupto fue entregado a su hermano Odorico, quien se lo lleva a su residencia en Salta. Luego, por requerimiento de los frailes de Catamarca, Odorico entrega la insigne reliquia al p. Guardián del convento para su custodia. El 22 de enero de 2008 el corazón incorrupto de Esquiú fue robado desde una urna en la iglesia del convento en Catamarca.

La devoción popular despertada por la fama de varón santo que ya se le atribuía en vida, se acrecentó luego de su muerte y se extendió a muchos lugares, invocándolo en sus necesidades con gran confianza y relatan prodigiosos favores por su intercesión ante el Señor, en especial por curaciones de enfermos desahuciados.

Desde los comienzos del s. XX fueron muchos los que solicitaron su canonización y en 1921 se comienza con los trabajos respectivos. Fueron diversas las dificultades que se presentaron. El 6 de febrero de 2006 el papa Benedicto XVI reconoce sus virtudes en grado heroico y lo declara Venerable Siervo de Dios.

El 19 de junio de 2020 el papa Francisco, reconociendo el milagro atribuido a la intercesión de fray Mamerto, firma el decreto de Beatificación.

En referencia a la primera Carta Pastoral: “Omnia vestra in charitate fiant" (obren todo en el amor), que fray Mamerto, obispo, escribiera en 1881 a todos sus sacerdotes veremos cómo se refiere a ellos no meramente desde el punto de vista nocional, sino desde lo concreto de su realización, de lo que debe ser: "sal de la tierra y luz que ilumina" pero siempre en medio del Pueblo de Dios.

Esta "carta pastoral" tiene 8 puntos fundamentales, 4 de ellos dirigidos directamente al corazón sobre: "el ser sacerdotal" y otros 4 sobre: "el hacer sacerdotal".

A.- El "ser" sacerdotal

1.- Sobriedad

La dignidad del sacerdote fue siempre de suma importancia para Esquiú, al punto de llamarlos hermanos y cooperadores especiales en el quehacer de la diócesis ..."vuestra altísima dignidad, en efecto, exige de mi esta preferencia tan justa y sagrada, que nadie podrá envidiárosla. Sois señores y hermanos míos a los ojos de todo cristiano..., sois mis indispensables cooperadores en el ministerio episcopal”.

Esa dignidad, dice Esquiú, reside, se manifiesta y se fundamenta en el hecho de poder convertir el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, en ser maestros de la verdad de Dios, como también en el perdón de los pecados, citando las palabras de Jesús a sus discípulos "todo lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo”.

Para Esquiú el sacerdocio es un servicio, un ministerio, que debe ser ejercido en "unidad y conjuntamente" entre el obispo y el sacerdote. ¡Es una misión compartida!

Esquiú trae a la memoria el reconocimiento y admiración de la dignidad sacerdotal, en el ejemplo de los santos, como san Francisco de Asís, quien consideraba a los sacerdotes, aunque fueran pecadores, como a sus señores, pues decía que eran los únicos que hacían las veces de Cristo. También recuerda a s. Catalina de Siena, la que solía besar por tierra por donde pasaban los sacerdotes, sin preguntarse si eran dignos o indignos, mirando en ellos solamente el sagrado ministerio de Jesucristo.

Estos santos no aprobaban el mal que podrían haber hecho tal vez los sacerdotes, sino que se sentían conmovidos por la alta dignidad que poseían, tanto al haber sido elegidos, como también consagrados para continuar la obra de Cristo a favor de su pueblo. Estos dos santos citados vivieron momentos difíciles en la que la vida personal de algún sacerdote dejaba qué desear o con conductas reprensibles, con abusos, escándalos o falta de santidad.

Esquiú siguiendo a los santos consideraba que, a pesar de las miserias humanas, era grandiosa la dignidad del sacerdocio. Don de Dios precioso concedido a un ser humano, que entra en lo misterioso del querer divino; realidad que a veces el hombre no puede entender y mucho menos explicar en profundidad.

"El Señor de todas las cosas dispuso, en efecto, que sus dones fueran dispensados por misterio humano con tal dependencia de éste, que las verdades divinas no pueden creerse si no son oídas, ni oírse sin que se anuncien, ni ser anunciadas si el Señor no lo hubiese enviado". Pues, de hecho, "así lo dispuso el Omnipotente por razones que se esconden a nuestras miradas en la inaccesible altura de ciencia y sabiduría infinitas".

Lo que es claro para Esquiú es que el mismo fruto de su condición de pastor de la Iglesia depende de la cooperación de los sacerdotes. Sobre él recae el cargo de gobernar y ser responsable de evangelizar el Pueblo al que se lo ha designado, pero a cada uno de los sacerdotes el Señor les dice: "no me eligieron ustedes a mí, sino que yo los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto y que ese fruto permanezca".

Para este pastor de la Iglesia, la misión y los frutos aparecen juntos en la Palabra de Dios y por Él fueron consignados al misterio sacerdotal, el que es compartido entre el obispo y los presbíteros en razón del sacramento del Orden Sagrado.

2.- Prejuicios

En un lenguaje casi profético, fray Mamerto previene a los sacerdotes sobre el rechazo y el odio de los cuales serán objeto. Los ubica en la realidad concreta de la sociedad de su tiempo, aunque ello se haya dado en todas las épocas.

El mismo Señor les dice a los apóstoles, a sus discípulos más cercanos, que "si el mundo los odia, sepan que a míme han odiado antes que a ustedes" y luego agrega: "Ustedes todos, y de un modo particular, los que están más unidos a Jesucristo por la piedad de vida, son en el presente, acaso más que en ningún otro tiempo, el blanco de prevenciones e iras que nunca podrán explicarse por la sola fuerza de las pasiones humanas.

Es un odio tan grande como implacable. Para no hablar de las violencias y hechos sangrientos que lo testifican con demasiada frecuenciaen muchas partes del mundo… a penas se encontrará por toda la tierra algún lugar en que no se observe con ustedes esta extraña conducta: si son justos, se los llamará hipócritas; si son celosos en la honra de Dios y el bien de las almas, se lo llamará fanáticos...".

Para algunas personas, el sacerdote es el "foco de las tinieblas y de la ignorancia; pero si la ciencia y el poder moral de ustedes deslumbra, son monstruos que a todo trance hay que exterminar; si ustedes cometen faltas, se olvidan que son hombres como ellos, y se sirven de la miseria humana como si no se diera en nadie más que en los sacerdotes…"

Esquiú les dice a los sacerdotes que tales odios y persecuciones no deben quitarles la calma, ni cansarlos, ni causarles asombro, pues eso se dio siempre en la historia de la Iglesia, con mayor o menor intensidad, no solo para desacreditarla, sino también para separar los fieles de sus obispos y sacerdotes.

Estas afrentas de desprecio y sufrimientos que deben padecer son, por el contrario, "untítulo de honor" para los verdaderos seguidores de Cristo. Lo más importante para los presbíteros, es obrar siempre en la caridad y no apartarse del don del amor que Dios concede a cada uno.

3.- El bien y el amor

Antes de hablar de las obligaciones de los sacerdotes se detiene largamente a tratar sobre la "caridad". Entre los diversos textos bíblicos que cita, sobresale uno: "Dios es caridad y el que vive en el amor, vive en Dios y Dios en él".

Inspirado en este pasaje desarrolla el tema de la caridad, no solo sobre su procedencia y naturaleza, sino también sobre su incidencia en la vida del hombre, ya sea como don gratuito recibido del Señor, como vivencia en sí mismo y respuesta a Dios, sino también como proyección a los demás, es decir, en el modo como brindarse en el amor, pues "… el deber de ese amor tiene su origen en la bondad de Dios y de sus dignaciones en el hombre, de donde es que cada uno debe tender al bien y al amor al prójimo".

Para Esquiú, quienes han recibido mayores gracias por parte de Dios, están más obligados a brindarse a los demás en el amor. Por lo tanto, ¿Quiénes han recibido más gracias que los sacerdotes? "Ellos fueron constituidos dispensadores de su gracia por los Sacramentos que administran, y de su misma verdad por la predicación del Evangelio que les está encargada; ellos vienen enriquecidos de una potestad como infinita para la consagración de los santos misterios; ¿cuál pues, no deberá ser el amor del prójimo en el sacerdote, estando consagrado en las efusiones de una caridad infinita? ¡Gran Dios! ¡También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos, ya que el Señor la dio por nosotros! Amén hasta dar la vida por nuestro prójimo, he ahí, venerables sacerdotes, la medida puesta por Dios a nuestra caridad, con los que nos ha confiado".

"Nadie puede arrogarse el honor del sacerdocio, sino el que es llamado por Dios, nos dice la Sagrada Escritura", además el mismo término "sacerdote", para Esquiú,

indica “consagración”, dedicación sagrada al amor de Dios y al prójimo. Por ello, ninguno debe aspirar al sacerdocio por un bien meramente personal o con intenciones viles, ni siquiera para su propia y egoísta, santificación.

El sacerdote debe ser santo, es verdad, pero “no es para eso el sacerdocio, sino para que, siendo santo el que lo tiene, esté consagrado al amor y a la gran obra de santificación de su prójimo”, de donde derivan todas sus obligaciones y gran responsabilidad.

4.- Testimonio personal

En lo referente a los deberes u obligaciones de los sacerdotes, Esquiú al enumerarlos, comienza con el buen ejemplo de vida. Deber o testimonio que, en cierta medida, comprende a todos los demás. Citando a s. Pablo dice que Cristo “por nosotros manifiesta en todo lugar el aroma de su conocimiento; porque somos para Dios suave olor de Cristo en los que se salvan”.

Esta divina fragancia de Cristo debe aparecer en la vida concreta de todo sacerdote, pues“los sacerdotes: cuánto hemos de predicar acerca del amor a los enemigos, de huir de la corrupción del siglo, de renunciar a la vanidad, a la avaricia y ambición, de evitar el ocio, de mortificar los sentidos, y de ser limpios de corazón, de gloriarnos, en fin, solo en la cruz de Jesucristo, todo eso, respetados y apreciados señores míos, todo eso se debe hacer sentir por nosotros cual olor de Cristo, antes que los oídos perciban nuestras palabras!!!

Este buen ejemplo de vida del sacerdote debe reflejar una verdadera coherencia entre el pensar y obrar de cada día. Se debe desechar sin miedos ni ansiedades el desear vivir pendientes de la imagen externa, el afán por aparentar, la búsqueda exagerada y mundana de la fama, del buen nombre y de la gloria que se les pudiera atribuir, asumiendo posturas ficticiamente maquilladas de bondad y lenguaje acomodaticio cuando conviene a fin de granjearse una estima frívola.

Todo ello no es otra cosa que la tan rechazada y combatida hipocresía del hombre, denunciada por el Señor en su Evangelio, hipocresía que Cristo, en más de una oportunidad, desnuda, revela y denuncia.

El concretar en la práctica el hecho de ser “buen ejemplo de vida”, no es tarea fácil. Para Esquiú, el dar buen ejemplo no es solo un deber, sino una verdadera consigna de vida, “… si queremos extirpar los vicios, disipar las tinieblas del error, y que el santo nombre de Dios sea reconocido y glorificado en la tierra por la difusión del buen aroma de Cristo…” es el sacerdote quien primero tiene que convertirse totalmente a Dios e identificarse con El.

Consecuentemente, Esquiú, presenta los medios para lograr este fin: huir de todo pecado, y de cualquier circunstancia u ocasión que lleven al mismo, y por supuesto “la oración”, manteniendo un diálogo sincero con el Señor.

De hecho, jamás se llegará a ser ejemplo de un Cristo vivo, en el propio convencimiento y obrar, si no se empapa uno mismo en la meditación profunda de la

vida, pasión, muerte y resurrección del Señor; quehacer espiritual que enciende y trasforma el corazón del hombre.

La oración, el encuentro personal y comunitario de la Iglesia con Dios, es fundamental para todos, en especial para los sacerdotes, como diría Esquiú "… es levantar el corazón hacia Dios en espíritu de humildad y confianza, es verdaderamente esconder nuestra vida con Cristo en Dios".

B.- El "hacer" sacerdotal

5.- Estudio y oración

La predicación de la Palabra de Dios, era sentida por Esquiú como un gran deber. En su época las homilías eran muy extensas, llenas de citaciones en lengua latina, de diversos autores, muchas veces desconocidos y de mucho floreo, haciéndolas pesadas hasta el hartazgo, incompresibles para el común de la gente y de escasa formación doctrinal.

Insistía tanto a los sacerdotes que, sin descuidar la oración mental, se dieran al estudio de las ciencias sagradas, "… refugio seguro contra la disipación mundana y el ocio…", fundamental para una buena predicación.

6.- Sacramentos

En su carta pastoral sigue muy de cerca el pensamiento de s. Buenaventurarecordando a los sacerdotes la suma importancia de la administración de los sacramentos a los fieles, pues confieren la gracia que significan y están ordenados a la santificación de los hombres y mujeres, de cualquier edad y condición. Se detiene particularmente en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

7.- Virtudes

El cumplimiento del mandamiento del amor se manifiesta para Esquiú en el ejercicio de las virtudes, tanto en relación para con Dios como para con el prójimo. "… Dada en nosotros esa divina caridad, ¿no serían como naturales todas las demás grandes virtudes, el celo y paciencia, el estudio y la oración, pureza, humildad y mansedumbre y tantas otras que requiere el ministerio sacerdotal? Dada en nuestros corazones esa divina caridad, se renovarían en el mundo las maravillas que obraron en él esos gigantes de sabiduría y gracia, como fueron los santos".

Resalta la importancia de la celebración litúrgica del rezo de las horas, momento de encuentro con Dios y con todos los fieles de la Iglesia, para evitar la incoherencia de predicar y aconsejar lo que no se testimonia.

8.- Perseverancia

Conocidos los dones de Dios, principalmente el de la caridad, no es fácil perseverar en ella y en los sentimientos y propósitos formulados en el día de la ordenación sacerdotal, "... por ello es necesario precavernos de lo que da muerte en nosotros a esa virtud divina…", como el espíritu del mundo que condiciona la conducta humana, mostrándolo como un fenómeno cultural, introduciéndose en la conciencia del hombre en forma subrepticia como algo natural. Con s. Pablo diría "… conscupiscencia

de la carne, conscupiscencia de los ojos, y orgullo de la vida, no vienen del Padre, sino que provienen del mundo...".

Si bien el sacerdote ha recibido tantos dones y gracias especiales, Esquiú les dice de no descuidarse y estar siempre alertas "… la santa vigilancia… no dejarse seducir por el ocio, la disipación mundana, y la familiaridad con personas o cosas que puedan poner en peligro a la propia consagración. Ser, además, libres de la esclavitud de todo vicio, que solo se consigue con la oración y la mortificación… liberándonos de la esclavitud de la lujuria, de la avaricia y de las ambiciones de este mundo, en particular de la soberbia, principio de todos los pecados… para no caer en los lazos de la ambición, de honores y puestos elevados, a pretexto de servicios y méritos…".

Al terminar su carta pastoral, Esquiú apela a la caridad de los sacerdotes para con él; teniendo paciencia por sus simples y sencillas reflexiones, las que han sido inspiradas en el profundo amor y respeto que les tiene, "… no soy otra cosa que vuestro siervo en Jesucristo".

Fray Marcelo E. Méndez, ofm